

## XV. LOS FRUTOS DE LA LECTURA

Tres cosas necesita el hombre para ser feliz: la bendición de Dios, libros y un amigo.- Lacordaire.  
Si en cambio de mi amor a la lectura viera a mis pies los tronos del mundo, rehusaría el cambio.- FENELÓN.

Escribe sir John Herschel:

*Un herrero de aldea compró la novela de Richardson titulada Pamela o la virtud recompensada, y acostumbraba a sentarse sobre el yunque en las largas tardes del verano para leer en voz alta ante numeroso y atento auditorio que, a pesar de no ser corta, escuchó con interés la novela del principio al fin, y tanto deleite les causó el feliz desenlace de la acción, que prorrumpieron todos en aclamaciones de júbilo.*

Los buenos libros dilatan y esclarecen la vida de multitud de gentes. Acaso no haya otra fuerza tan poderosa como la lectura para aliviar al apesadumbrado de su desdicha, al afligido de sus dolores, al triste de su pena y al abyecto de su degradación. Los libros son compañeros del solitario, amigos del desamparado, solaz del tedioso, contento del descorazonado y sostén del desvalido. Son luz que desvanece las tinieblas y fulgor solar que disipa las sombras. ¡Cuántos pobres miserables, olvidados del mundo, se consolaron de su pobreza y hallaron remedio de su necesidad, alivio de su pena y reparo de sus melancólicos pensamientos en la lectura de un libro excelente!

Muy cierta es la creciente carestía de la vida; pero nunca como ahora pudieron los proletarios adquirir a tan poco coste el alimento intelectual, procurándose los mejores libros, gasto que tiempo atrás hubiera sido inaccesible a ellos por lo crecido, pues jamás como ahora fueron tan baratos los productos de la mente. Hace un siglo, únicamente los ricos podían adquirir las obras maestras de la literatura, que hoy lleva la imprenta a los más modestos hogares.

Muchos que deploran no haber visto mundo ni haber realizado cosa alguna de provecho, no se percatan de que en su mano está conversar a poca costa con amigos de principal categoría que hubieran sido recibidos con palmas en los palacios. No te apenes si la pobreza o el infortunio te apartan del trato de los afortunados, pues sin tomarte la molestia de mudar de traje para asistir a reuniones de etiqueta podrás pasar la velada en compañía de los más ilustres personajes del mundo y tratarle sin encogimiento ni timidez con los magnates de la mente.

Dice Ricardo Cobden:

*Los más puros placeres de que he disfrutado son los asequibles a todo el mundo y estriban en el tranquilo trato con los talentos preclaros, en la comunicación con los pensadores insignes por medio de los libros al amor de la lumbre.*

El aislamiento motivado por imposibilidad física, precaria situación social o misantropía, tiene su compensación en la lectura de las obras legadas por los más insignes autores del mundo.

Decía Gladstone sobre el particular:

*Los libros son compañía muy deleitosa, y aun sin abrirlos parece como si desde los estantes hablaran con vosotros y os dieran la bienvenida al entrar en una biblioteca.*

Cuéntase de Bunyan que durante el tiempo de su prisión se absorbió de tal suerte en la lectura de *El viaje del peregrino*, que a menudo caía de rodillas y se le arrasaban los extáticos ojos en lágrimas de gozo. Su imaginación convertía aquella cárcel en hermoso palacio y las paredes de la celda no bastaban para aprisionar su feliz espíritu.

Dice Petrarca:

*Tengo amigos de agradabilísimo trato, de toda época y país, que se han distinguido igualmente en la ciudad y en el campo y merecen señalada honra por sus conocimientos científicos. Nada me cuesta ponerme al habla con ellos, porque siempre están a mi servicio y los admito o despido según me place. Nunca se turban y al punto responden a mis preguntas. Unos me enseñan cómo he de vivir y otros cómo he de morir. Unos distraen mis cuidados con su viveza y me regocijan el ánimo, al paso que otros fortalecen mi mente y me estimulan a re-*

*primir mis apetitos y confiar únicamente en mí mismo. Me abren los caminos de las ciencias y artes, y por sus consejos me prevengo contra cualquier contingencia. En pago de tan valiosos servicios, sólo me piden un modesto estante donde reposar en paz, pues más les gusta la tranquilidad del retiro que el bullicio mundano.*

De aquí la importancia de escoger los libros, pues fácilmente inferiremos de la selección el carácter del hombre, su grado de cultura y buen gusto. Los libros de nuestra biblioteca delatan lo que somos y lo de que gustamos.

Mas para muchas gentes es la lectura un medio de disipación mental, pues no leen con propósito de instruirse y perfeccionarse, sino tan sólo por pasatiempo y recreo. La lectura sin propósito definido embrutece y fastidia, en vez de instruir y deleitar.

La lectura provechosa requiere tres condiciones principales, a saber: intención, atención y retención. Conviene advertir a este propósito que la palabra retención deriva etimológicamente de la latina *rete*, que significa red; y así como por entre las mallas de este aparejo pueden escurrirse los peces menudos y de escaso valor, así también la mente ejercitada en la retención deja escapar las frivolidades para retener en la memoria únicamente lo más importante.

Dijo Bacon, que la lectura completa al hombre; pero esto sólo debe entenderse así cuando es provechosamente instructiva.

Los que leen por puro pasatiempo debieran escuchar estas sabias palabras de Milton:

*Quien lee continuamente sin espíritu de inquisición ni juicio crítico, queda tan movedizo e inseguro como antes. Es erudito, pero necio.*

Si anheláis vuestro perfeccionamiento, leed con el propósito de refinar vuestro gusto, sutilizar vuestra imaginación y enaltecer vuestros ideales. Leed libros alentadores que levanten vuestro ser a definidos propósitos; que os determinen a ser cada día mejores, a representar algo y a hacer alguna cosa de mérito en el mundo. Cinco minutos diarios de lectura reflexiva bastarían para familiarizarnos en cinco años con los maestros de la literatura universal.

Dice Dwight Hillis a este propósito:

*La literatura pesimista es uno de los obstáculos que impiden el avance de la felicidad humana, cuyo flujo debería inundar la tierra, pues en la actitud mental del hombre se refleja necesariamente el espíritu de los libros que lee.*

Añade otro escritor:

*En su obra Los placeres de la vida, enumera sir John Lubbock unos cuantos libros tan sumamente excitantes del apetito mental, que sugieren la idea de retirarse a un tranquilo rincón y quedarse allí embebido en su lectura.*

Los libros permiten a todo hombre empezar su labor en el punto en que la dejó la generación precedente, pues encuentra reunidos cuantos elementos de estudio fueron descubriéndose hasta hoy día, como si cada autor le dijese al recién llegado: “Aquí te ofrezco el fruto de las investigaciones de toda mi vida en ciencia, arte y literatura.”

Unos nos legan sus estudios sobre la vida y costumbres de los animales; otros sobre los viajes y exploraciones; y sin gran dispendio puede el estudiante novicio saborear el fruto de toda una vida dedicada al trabajo intelectual, aprovechándose de los resultados de muchos años de paciente estudio en determinada modalidad del saber humano. A poco coste adquirimos lo que a sus primeros poseedores les costó indecibles sacrificios de tiempo y dinero en porfiada lucha con la pobreza y la fatiga.

Gran parte de nuestros conocimientos útiles son el fruto interpuesto de las hojas de los libros que leímos y releímos en las bibliotecas escolares; pero como estos libros son de todos y no siempre podemos disponer de ellos, es en extremo conveniente que cada cual tenga una biblioteca propia, aunque no sea muy copiosa, pues casi todos los hombres de valía leyeron en su juventud pocos y escogidos libros, con tan detenida atención, que asimilaron por completo los principios, enseñanzas y finalidad en ellos contenidos como estímulo de altísimas empresas.

La lectura de buenas y ejemplares novelas es un magnífico medio de educar y fortalecer la imaginación, pues acrecienta de admirable

manera su potencia descriptiva y la mantiene lozana con ventajosa utilidad en la vida.

Aparte de las novelas, son los relatos de viajes muy a propósito para solazar la mente, y también convienen los libros de poesía y tratados de historia natural y ciencias amenas.

La lectura y estudio de poesías ofrecen tanto interés como las bellezas naturales, pues muchas de las mejores poesías interpretan la naturaleza, enseñan al lector a contemplarla con nuevos ojos, y a sentir el encanto de sus bellezas.

Entre todos los libros, los de poesía inspiran con mayor ardor a la mente humana, y así se ha definido la poesía diciendo que es la más exacta expresión de los más altos pensamientos.

Dice Shelley a este propósito:

*La poesía despierta y dilata la mente al convertirla en receptáculo de mil incoercibles combinaciones de pensamiento. La poesía levanta el velo que encubre la belleza del mundo y ennoblece los objetos vulgares.*

Dice un aficionado a la lectura:

*Cuando considero lo que algunos libros han hecho y están haciendo por el mundo, cómo alientan nuestra esperanza, estimulan nuestro valor, confirman nuestra fe, alivian las penas, ofrecen un ideal de la vida a los que desmayaban en la frialdad y aspereza de un hogar sin cariño; enlazan épocas distantes y aproximan tierras lejanas, crean nuevos mundos de belleza y nos traen la verdad de los cielos, no puedo yo menos de bendecir eternamente tan inestimables elementos de felicidad.*

Los libros dilatan nuestra mente, pues por su medio nos entregan los siglos sus más valiosos tesoros, y aunque nos veamos en aflictivas circunstancias, podemos abstraernos de ellas por la lectura. Todas las naciones ponen a nuestra disposición sus más valiosos tesoros literarios sin apenas esfuerzo de nuestra parte.

Ninguna recreación tan asequible como la lectura ni placer alguno tan duradero. Los buenos libros realzan el carácter, depuran el gusto,

despiertan repugnancia hacia los placeres groseros y nos levantan a una superior esfera de pensamiento y acción.

Decía Carlyle que una colección de libros es una universidad, y lástima da que multitud de hombres, anhelosos de éxito, no comprendan la valía de la lectura para suplir la falta de instrucción universitaria.

El siguiente sucedido entre dos amigos demuestra que, con un poco de abnegación, es posible formar una modesta biblioteca:

-¿Cuánto te cuestan todos los libros? Yo no puedo tener ni siquiera las revistas más leídas.

-Te diré. Esta biblioteca me cuesta un cigarro diario.

-¿Cómo eso?

-Muy sencillo. ¿Te acuerdas de cuando hace algunos años me dijiste que bien podía darme el gusto de fumar cada día un cigarro? Pues por entonces leí que un joven había formado una biblioteca empleando en libros el dinero que otros quemaban en tabaco, y pensé que bien podía yo hacer otro tanto. Dejé de fumar cada día un cigarro de cinco centavos y con el dinero ahorrado me fui comprando estos libros. De esto hace seis años, y si sacas la cuenta, verás que pude ahorrar 109,50 dólares. Conque tú hubieras hecho lo mismo, estarías mejor de salud y, por añadidura, poseerías una buena biblioteca.

Rodeaos de buenos libros, pues parece como si formaran un ambiente de inspiración y auxilio y a su solo contacto absorbiéramos cultura, acostumbrándonos a ver en ellos amantes compañeros de agradable y placentero trato.

Dice sobre el caso Ricardo Le Gallienne:

... *Un hombre indocto no tiene más que leer unas cuantas novelas de buenas costumbres para que se le despierte la afición a la lectura, varíen por completo sus gustos y eche de ver cuánto puede encontrar en los libros... Una biblioteca no puede formarse de antemano por medio de una lista de libros comprados de una vez. De esta suerte tendríamos libros, pero no biblioteca; porque también en una librería hay muchos libros y una librería no es una biblioteca, sino que ésta es una ordenación de libros escogidos en concordancia con el carácter*

*de su dueño. Es la morada de su espíritu y la edifica paralelamente con el progreso de su vida mental.*

Un hombre sin libros es, a juicio de Cicerón, como cuerpo sin alma. Macaulay prefería la compañía de sus libros a la de los hombres más eminentes de la época, a pesar de que nada le faltaba de cuanto dan la riqueza, la posición social y el talento. Gibbon declaraba que no trocaría su amor a los libros por todos los tesoros de la India.

Dice un autor:

*Los libros son, a la par, nuestro manjar deleitoso y nuestro pan cotidiano y han de ser de primera necesidad para nuestra dicha. Son nuestros confidentes favoritos, nuestros guardianes, consejeros y seguros consumidores de nuestros ocios. Nos acarician en la pobreza y nos consuelan en la miseria.*

Es de capitalísima importancia desviar a los niños de la malsana lectura de novelas pasionales, así como de las morbosas descripciones de crímenes y miserias humanas en los relatos periodísticos, y de las aberraciones literarias hoy en moda, cuyos horribles cuadros quedan grabados en sus tiernas y receptivas mentes.

Muchos hombres encontraron en los libros el consuelo de sus conturbadas vidas, como si con ellos tuviesen el cielo en la tierra y dieran solaz, sosiego y paz a su ánimo.

Cuando nos sentimos cansados de la vida y parece como si todo se conjurara contra nosotros, podemos invocar el socorro de los más eminentes escritores del mundo, seguros de que en sus obras hallaremos descanso y refrigerio. El más humillante ciudadano puede invocar la presencia de Shakespeare o Emerson, que en sus obras le darán cuanto de mejor tengan.

Decía Oliverio Goldsmith:

*La primera vez que leí un libro interesante, me pareció como si hubiese ganado un nuevo amigo y a la segunda lectura creí encontrarme con un antiguo amigo.*

Bien pudiera decirse que tan sólo viven a medias quienes no gustan de libros. Una biblioteca de cien volúmenes escogidos equivale a

cien puertas que de par en par se abren a perspectivas de infinitos go-  
ces.